

Alberto Dallal

Damián Bayón crítico apasionado

Siempre me he preguntado por qué las Artes plásticas, los productos de la pintura, la escultura, la arquitectura y todas sus actividades cercanas y anexas han procreado fieles seguidores, *veedores* en el sentido legal y sensato del término, excelentes observadores que registran, ensalzan —a veces—, ubican y hacen destacar a estos productos artísticos. Por qué —me he vuelto a preguntar— son los críticos e historiadores de estas manifestaciones artísticas más numerosos y meticulosos que otros de áreas del arte distintas. La única explicación la he hallado en la naturaleza de los objetos que reseñan, describen, analizan y, al fin, colocan en su sitio para ahora y la posteridad. Una firme naturaleza material que, como los libros, perduran y se acumulan, aportan y van ensanchando una realidad tangible a la que es posible acudir en cualquier momento. Y así como la literatura se hace accesible, las obras plásticas —al fin imágenes— se van colocando al alcance de la mano y de la mente. O sea, son elemento inmediato de la cultura.

Pero además, la producción plástica tiene, la ha tenido durante muchos siglos, un aura: su historia escrita. Mientras que un texto sobre danza o sobre teatro se convierte en "objeto otro", en crónica o testimonio aislado de un suceso que no volverá a ocurrir, el texto del crítico, del historiador de las artes plásticas se convierte en una especie de complemento y, a veces, de complemento imprescindible. Un aura. A veces, una aureola. El fenómeno es curioso y a la vez fascinante pues parece como si la significación se saliera —revelada o descubierta— fuera del cuadro y se convirtiera en parte esencial de la obra, en una especie de prolongación subcutánea. Y aun el más escéptico de los observadores de una obra plástica parece inclinado, siempre, a saber en qué consiste esa manifestación "otra-pero-que-es-la-misma" para integrar una idea, para hacer más comple-

to o más pleno su conocimiento o su gusto.

En Damián Bayón y su obra el fenómeno se hace aún más notable porque Bayón es un ser obsesivo; es un crítico y un historiador fundamentalmente *poseso*. No hay más que abarcar con una lectura rápida y hasta superficial este libro, *Pensar con los ojos*, el proyecto meditado por Bayón, para percatarnos de que estamos frente a las intensidades de toda una vida. Una existencia de querer verlo todo, asirlo todo con la mirada y, mediante procesos expandidos, pensarlo todo con los ojos.

Del largo recorrido que Bayón realiza en estas páginas, a mí me parecen más apetecibles y atractivas aquellas en las que el crítico se impregna de arte, de significaciones, de espacio y de formas ante las obras mismas. Bayón es, antes que nada, un observador sensual: sus sentidos, más que su mente, son las vías de acceso a la obra. La mente, la reflexión se supedita a este regodeo, este verdadero enfrentamiento carnal con cada obra. Por eso a Bayón le gusta viajar, trasladarse, medir, sopesar, indagar en el lugar de los hechos, en esas exposiciones que le permiten incluso criticar el diseño museográfico y la colocación de los cuadros. En sus textos, Bayón describe los espacios recorridos antes de enfrentarse a la tela o al objeto. Mediante narraciones llenas de sensibilidad atmosférica, comenzamos a entender el conjunto o el detalle como un acontecimiento. La obra, para Bayón, ocurre; no está hecha por completo hasta que queda expuesta en un espacio, en un sitio concreto y, lo que resulta más sorprendente, hasta que una situación la viene a "jalar"

hacia el lado, hacia el ámbito de la historia. Por eso, insisto, a mí me resultan más comprensibles, asimilables y vivibles ciertas obras en las que Bayón les ha impuesto o descubierto el aura que las hará perdurables en mi mente, en mi gusto de lector cómplice. Tendré que acudir, para "conocer" ese arte, a contemplar aquellas obras que no conozco y reconstruir de nueva cuenta ese trayecto totalizador, ese rodeo de razonamientos y contactos que antes ya realizó Bayón y que de manera tan persistente logró poner en el papel.

Pero en la construcción de ese verdadero ideograma de sus filias y fobias, el apasionado Bayón "da lugar", hace fluir su bien cimentada información. Bayón ha sido un estudioso acucioso y profundo de ciertos pensadores. Mediante un supuesto dilettantismo, con el cual a él le gusta jugar frente al público, Bayón desliza, podría decirse "sin miramientos", su preparación académica. Lo hace con naturalidad, como aquellos niños o seres llenos de audacia que dicen mentiras con tal aplomo, que la gente se queda convencida de lo expuesto o afirmado. Por ejemplo, las insistencias de Bayón acerca de que el "autor-testigo" es al menos tan necesario como el "autor libresco"; no son otra cosa que el vivo juego de Bayón para que pensemos en él como en un crítico equilibrado. No hay tal. Quien se acomode por alcanzar una "visión totalizadora" o establecer la "caracterización de una plástica" incurre, por otros medios, por ejemplo crónicas y catálogos de impresiones personales, en una que deberemos llamar "literatura trascendente". En Bayón, el disfraz resulta evidente al terminar de leer *Pensar con los ojos*. Sus reflexiones denominadas "La 'noción' de estilo" contiene tal cantidad de información académica, teórica e histórica que no deja uno de sonreír a lo largo de la lectura, toda vez que el "estilo" que queda establecido, ante la trayectoria de los razonamientos, es el que se refiere a



la seguridad y naturalmente a la terquedad del crítico e historiador con respecto a sus teorías, conceptos y tesis. En sus nociones "antibarrocas", Bayón acaba por declarar:

Por último, mi propuesta sigue siendo la misma: me parece entrever que la totalidad de la expresión arquitectónico-decorativa en el mundo hispánico y en su parcialmente secuaz, el mundo hispanoamericano, se nos presenta como el extraño conglomerado de una voluntad de forma que juega con plena lucidez y conciencia con la "caja vacía" de una arquitectura en la que predominan ciertas normas de severidad y el triunfo irresistible del ángulo recto...

¿Cómo contrariar, cómo enfrentarse a esta contundente convergencia de la credulidad, la creencia, la pasión y el conocimiento? Ciertamente, el estilo del crítico e historiador no se ha conformado a lo largo de un hermético encierro con sus temas de análisis y de estudio. Por el contrario, la vocación sensualista e itinerante ha traído consigo una forma peculiar, ejercida por Damián Bayón con irresistible continuidad, de expresar lo que se piensa con los ojos: la experiencia periodística. En efecto, Bayón no es sólo testigo y espectador de las obras y de cómo, dónde, por qué se exponen; también es infatigable adicto a cierto tipo de registros y crónicas, de aparentemente ligeros reportajes en torno al fenómeno o tinglado que cada obra genera. Y esto hace difícil asimilar sin reservas sus elucubraciones o prestarle oídos a una forma como la que él practica, curiosamente ansiosa de decir las cosas.

Podemos tener dos reacciones distintas. Ver lo que han pensado sus ojos como estudiantes arrobados, alhelados, que ante esa enorme sabiduría práctica nos ofrecen sus textos. De ser así nos impregnaremos de una información y una actitud poco comunes en la que se entremezclan visiones e imágenes, lecturas anteriores y reacciones primarias. Y estaremos asimilando ideas que sólo el tiempo podrá poner en su sitio adecuado. Tal es la impresión del panorama técnico y espiritual que Bayón traza en torno a la vida y obra de Siqueiros. Sólo una transgresión a esa obra y la vuelta a observar con minuciosidad tantos objetos sorprendentes nos darían aliento para llegar a conclusiones válidas para nosotros mismos.

Pero también está la acogida a los textos de Bayón con la actitud de criticar al crítico. Se trata de una lectura que se realiza con la prestancia de los informados, los rebeldes y

los eruditos. Entonces las tesis alcanzan por Bayón nos sorprenderán de todas formas porque al analizar sus métodos de trabajo y de observación, sus procedimientos para estructurar textos —una mezcla difícil de argumentaciones y exposición de impresiones inmediatas y personales— no tendremos más remedio que permanecer alertas. Es una especie de geometría intensa que nos obliga a aguzar las entendederas, a permanecer tan despiertos que por cansancio cualquier descuido nos deja a merced de sus baños de palabras. Por ejemplo:

Esas obras, como todas las de Polesello, están ejecutadas dentro de la más exigente pericia que sólo justifica este tipo de arte. Es la estética misma de las máquinas flamantes, de esos automóviles que son como un color disparado por los caminos...

Y así sucesivamente. El aspecto más atractivo de esta segunda actitud que es posible asumir ante la obra de Bayón está referida a la moda actual: sucede que la realidad está poniendo en entredicho hasta lo dicho por las más connotadas figuras del Orbe. Y la incredulidad ha hecho mella en las funciones de la crítica especializada, de tal manera que cualquier individuo con agudeza de ánimo puede erigirse en crítico y el crítico no tendrá más remedio que apechugar, es decir, oír y callar. El crítico auténtico y preparado tendrá en la obra de Damián Bayón, entonces, un feliz disparadero de posiciones e ideas, sugerentes vetas para regresar siempre, una y otra vez, a la revaloración y al juicio serio, cimentado, en torno a la obra de arte.

El volumen de reflexiones y de páginas que conforma a este libro nos ofrece esta última posibilidad. Todos los que ejercemos una profesión de críticos, historiadores, observadores por lo menos serios ante la obra artística sabemos que aquellas ideas razonadamente expuestas habrán de perdurar. Todavía siguen siendo el abrevadero de muchos comunicólogos o pseudoespeculadores de arte. Y seguirán siendo los asideros de muchos creadores que quieren entender en serio su propio hacer artístico. El libro de Bayón tiene mucho para muchos. Es, repito, la obra compilada y escrita por un ser observador. ¿Y cuál obra que ha realmente perdurado no lo es? ◇

Damián Bayón: *Pensar con los ojos. Ensayos de arte latinoamericano*, Fondo de Cultura Económica, 1993, 400 pp.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Homero Aridjis LA LEYENDA DE LOS SOLES



El futuro está aquí, el presente es la ciudad de México en el año 2027. La ciudad más poblada del planeta sufre de constantes embotellamientos humanos y de tráfico, de movimientos sísmicos continuos y está al borde de un desastre ecológico de grandes proporciones. Novela mítica ecológica, de aventuras picarescas, donde existen dos tramas, una realista y otra cósmica.

De venta en librerías